

Homilía – Fiesta de San Andrés – 30 noviembre 2017

Congreso Salesiano Pastoral Juvenil y Familia

P. Alexandre Awi Mello, Isch

Queridos hermanos y hermanas,

la Iglesia celebra hoy la **fiesta de San Andrés**. Nuestro Congreso está reflexionando sobre la relación entre el seguimiento de Jesús en la **Pastoral Juvenil y la Familia**. Quisiera ver a San Andrés desde esa óptica, desde esa perspectiva.

El evangelio de Mateo que recién escuchamos nos recuerda que Andrés era pescador y fue uno de los primeros apóstolos elegidos por Jesús. Al momento del llamado Andrés está *en familia*, con su hermano, y juntos, en familia, dejan su barca y siguen a Jesús. Más claramente aún *en familia* están sus amigos, Santiago y Juan, que se encuentran con su padre Zebedeo al momento de dejar las redes y a su padre (su familia) para seguir al Maestro y hacerse “pescador de hombres”. Eran probablemente jóvenes que “en familia” se encuentran con Jesús, descubren su vocación y la siguen con prontitud.

En la versión del evangelista Juan (1,36-42) Andrés es uno de los dos discípulos de Juan Bautista que escucha su indicación: “He ahí el cordero de Dios” y va detrás de Jesús. Manifiestan al Maestro su búsqueda: “¿Dónde vives?” Es la pregunta de cada joven, que necesita seguir modelos, que necesita un sentido de vida, un hogar, una morada y una familia más definitiva. “¿Dónde vives?” Es decir: ¿Dónde pones tu morada?, ¿cuál es tu casa?, ¿dónde está tu familia? Jesús les dijo: “Venid y veréis.” Ellos fueron, vieron dónde moraba. Aunque el Hijo del hombre “no había dónde recostar la cabeza” (Mt 8,20), se quedaron aquel día con Él y en su pobreza física, pero seguramente en su gran corazón, encontraron hogar, **encontraron familia**. A tal punto que al día siguiente Andrés decidió *involucrar a su familia* en aquella aventura: fue a buscar a su hermano, Simón, para llevarlo al Mesías, que luego transformó su nombre en Pedro, en función de la misión que le iba a confiar.

A ese Andrés celebramos hoy: el primer discípulo, llamado *en medio a su familia* (según Mateo), el primer *misionero familiar* (según Juan). En ambos evangelistas alguien que se siente atravesado por la mirada de Jesús a tal punto que no duda en pasar inmediatamente a **hacer parte de su familia**, de su “nueva familia”, aquella de los que “escuchan su Palabra y la ponen en práctica” (Lc 8,21), cuya principal virtud – como la de María – no era pertenecer a esa familia por derecho biológico (en el “vientre” de la vida familiar) sino por auténtico discipulado (por “concebirlo en el corazón”, decía San Agustín). Así también Andrés pasó a ser hermano, familiar, de Jesús por la fe y el seguimiento de Su Palabra.

Como parte de esta familia espiritual, Andrés curiosamente (en los pocos pasajes en que es mencionado en el evangelio) nunca va a aparecer solo; siempre está “en familia”. En Mc 1,29 lleva a Jesús a su propia casa, la misma de su hermano Simón, que los acompaña, junto también a Juan y Tiago. Jesús entra en la familia de Andrés, entra en su casa y cura a la suegra de su hermano (los “chismeríos bíblicos” dicen que le costó a Pedro perdonar a Andrés por ello, pero les aseguro que son solo chismes, habladurías). En Mc 13,3 Andrés aparece en el Monte de los Olivos, junto a Pedro, Tiago y Juan, preguntando a Jesús cuando se darán los signos que Él anuncia. Y en Jn 12,6 se lo ve junto a Felipe, ayudando a los griegos a ver Jesús. Finalmente, por última vez en la Escritura, se lo ve junto a María y a los demás hermanos y hermanas de Jesús, en el cenáculo, aguardando la venida del Espíritu Santo. Es decir, Andrés *es muy “familiar”*, es decir, sea antes o después de su llamado vocacional nunca está solo, siempre “en familia”.

Sin embargo, nos falta aún mencionar un episodio bíblico en que Andrés aparece, uno que yo caracterizaría como especialmente “**salesiano**”: él aparece en (apenas) una de las (seis) narrativas de la **multiplicación de los panes**, uno de los milagros más famosos (y más seguros) de Jesús. El evangelista Juan (6,1-14) cuenta como Jesús, utilizando cinco panes y dos peces consiguió alimentar una multitud. En esa narrativa, que prepara su famoso “discurso del pan de vida” (Jn 6,26-71), *Andrés da una valiosa contribución* a la realización del milagro que, en general, pasa inadvertida. Es el “salesiano” Andrés que se fija en un muchacho que estaba allí, en medio a la multitud, pero probablemente *con su familia* (ya que contaron cinco mil hombres, y en Mt 14,21 se dice: “sin contar a las mujeres y a los niños”, es decir, allí estaban familias). Andrés se da cuenta de que el muchacho tenía algo que ofrecer y le dice a Jesús: “Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos peces.”

En medio al caos de aquella situación, Andrés se fijó en un muchacho, se fijó en aquello de bueno que él tenía para ofrecer... Hizo lo que Don Bosco haría: “en el corazón de cada joven – aun el más infeliz (o yo diría, en la situación más difícil) – hay un punto accesible al bien y la primera obligación del educador es buscar ese punto, esa cuerda sensible del corazón, y sacar buen provecho”. Andrés supo hacerlo, supo ser acompañante de los talentos del joven, de sus dones, y supo llevarlo a Jesús. Andrés fue así – una vez más – pescador, pero de esta vez no pescador de peces propios, sino pescador de los peces de aquel joven, pescador de hombres, mejor: pescador de jóvenes...

Vuelvo al detalle: Andrés encontró a aquel joven probablemente *en medio a su familia*, pues los panes y peces eran – tal vez – el “picnic”, la “merienda” que la familia había traído. Mientras Felipe se desesperaba por la falta de dinero y de lugar para comprar comida para tanta gente, Andrés supo “pescar a un joven con su familia”. Es verdad que después de haber traído al muchacho, Andrés también dudó: “Mas ¿qué es esto para tantos?” Pero parece que no dudó tanto del joven. Dudó más de Jesús... Dudó que Jesús pudiera hacer el milagro con lo que aquel joven tenía para

ofrecer, que venía de su familia y en realidad era su “todo”, era “todo” lo que él y su familia tenían para dar.

En una misión juvenil aprendí que los **cinco panes y dos peces** pueden ser símbolo para nuestras manos, nuestra disponibilidad, nuestro “darlo todo”. Y porque Andrés descubrió al muchacho en medio a su familia, supo valorar lo que él tenía de bueno y el muchacho quiso entregarlo todo a Jesús, el Señor pudo hacer el milagro. Seguramente Jesús puede hacer el milagro solo, “de la nada”, pero no quiere hacerlo sin nuestra colaboración: no quiere hacerlo sin la colaboración de la familia que puso al joven en el camino de Jesús, que lo llevó a escucharlo, no quiere hacerlo sin el joven que dio “su todo” (sus cinco panes y dos peces) para que Jesús pudiera multiplicarlos, ni tampoco quiso hacerlo sin el “salesiano” Andrés, “familiar”, descubridor de talentos juveniles, conductor de jóvenes a Jesús.

Les dije el primer día que este tiempo de camino sinodal *el joven está en el centro* de la atención de la Iglesia, está en el corazón del Papa, como está desde siempre en el corazón y en el centro de la atención de los salesianos. (¡Ojo! ¡El Sínodo sobre los jóvenes, pasa pero los salesianos permanecen!) Sin embargo, en este congreso estamos viendo que colocar al joven al centro significa *colocar a la familia en el centro*. Es imposible separar estas dos “centralidades”, pues **la familia es la fuente, el camino y la meta de la juventud**.

Permítanme, para terminar, desarrollar muy rápidamente estas tres ideas, aún a partir de otros textos de la Sagrada Escritura. Quisiera recordar el conocido texto de la resurrección de la hija de Jairo (Mc 5,22-24.35-43 e paralelos), cuya culminación es la exhortación de Jesús (Mc 5,41): “Talita cum” (niña, te digo, ¡levántate!) La expresión de Lucas, en un episodio parecido, del hijo de la viuda de Naín es: “Joven, te digo, ¡levántate!” En ambos casos, **el milagro de la resurrección juvenil** no acontece sin la **presencia de Jesús**, pero tampoco sin la **presencia de la familia**. Es la familia que despierta el corazón de Jesús, sea porque implora su presencia (Jairo) sea porque Jesús se conmueve al ver su desvalimiento (la viuda de Naín). La familia – más o menos tradicional: aparecen padre y madre (Jairo e su mujer), pero también la viuda sola en una familia monoparental – es el lugar propio del joven, su hábitat, la tierra donde echa sus raíces... Jesús encontró a Andrés *en familia*, Andrés encontró al muchacho de los panes y peces *en familia* y lo llevó a Jesús. En pocas palabras: la familia es el *contexto vital* en el cual Jesús hace el llamado y realiza el milagro de la salvación juvenil.

La familia es, por lo tanto, en primer lugar la **fuentes** para la vida juvenil: es el ambiente pensado por Dios para que el joven nazca y crezca sanamente. Por eso, ¡hasta Jesús quiso tener una familia! Dónde falta esa fuente o donde el agua de esta fuente está contaminada, el joven se envenena, se contamina, crece enfermo. Jesús llegó a la hija de Jairo porque Jairo, el padre, lo fue a buscar, imploró por su hija; sin la familia Jesús no hubiese llegado a ella. El documento preparatorio al próximo

Sínodo recuerda que, de hecho, “son en primer lugar los padres, dentro de la familia, quienes expresan cada día en el amor que los une entre sí y con sus hijos el cuidado de Dios por cada ser humano”. (cf. también las indicaciones ofrecidas por el Papa Francisco en AL 259-290).

La familia es también el **camino** para la vida juvenil: pues no hay desarrollo humano sano sin una familia (sea la familia biológica u otro grupo humano que haga las veces de familia, como seguramente acontece en los centros salesianos); allí donde el joven experimenta un ambiente familiar más o menos sano logra desarrollar sus potencialidades humanas y espirituales. Jesús toca la vida del joven, lo levanta y lo hace caminar, pero inmediatamente lo entrega a su familia, “para que le den de comer” como hizo con la hija de Jairo (Mc 5,42). El milagro no es completo sin la presencia e intervención de la familia (o de “una” familia) en el camino de vida del joven.

Por fin se puede decir también que la familia es la **meta** de la juventud. En dos sentidos. Primero, porque un día el joven formará su propia familia, que en general será una experiencia más (o menos) lograda según su propia experiencia familiar. “El deseo de familia permanece vivo, especialmente entre los jóvenes, y esto motiva a la Iglesia” (AL 1), recuerda el Papa bien al inicio de *Amoris Laetitia*. Y, en segundo lugar, las relaciones humanas en la vida del joven serán más (o menos) “familiares”, es decir, sociables, solidarias, adecuadas, constructivas en función de cuanto haya sido más (o menos) preparado a lo largo de su vida para vivir “en familia” (por ejemplo, según la interpretación muy “libre” que hicimos, San Andrés fue llamado “en familia” y por eso aparece siempre en grupo, “en familia”, por eso era “familiar”.)

En otras palabras: todos estamos llamados a vivir en la “familia humana”, a ser constructores de lazos sociales “familiares”, a vivir y promover una “cultura familiar” (o de encuentro, como diría el Papa Francisco). La meta de la formación juvenil es hacerlos capaces de *amar generosamente y de entregarse de verdad*, capaces de dar sus cinco panes y dos peces para el bien de la multitud, de la familia humana, “capaces de ser y construir familia”, sea en el sentido estrecho de su propia familia nuclear, sea en sentido alargado de la familia humana en general.

Con **cierta preocupación** el Papa se pregunta en *Amoris Laetitia*: “¿Quién es capaz de tomarse en serio a los jóvenes? ¿Quién les ayuda a prepararse en serio para un amor grande y generoso?” (AL 284) Creo, de corazón, que la familia salesiana lo hace y lo seguirá haciendo. Como San Andrés, llamados a ser “pescadores” de jóvenes, creyendo en su potencial (sus panes y peces) para conducirlos a Jesús, formando familia con ellos y con sus familias, para que la Iglesia y el mundo sean más familia. Que así sea y gracias por este aporte.

(Al final, antes de la bendición final, introducir una Ave María, contando la historia del Card. Bergoglio con el chico “posmoderno”, cuya madre le dijo que fuera a Luján que la Virgen le iría decir qué hacer: la salvación de aquel joven vino de su familia, de su madre y, no en última instancia, de la intercesión de la Virgen. Por eso Don Bosco decía: “En todo peligro, invocad a María; os aseguro que seréis oídos”, pues “quién confía en María jamás será defraudado”. De hecho, en la obra salesiana, “fue ella – María Auxiliadora – quien hizo todo.”)